

nada que revelar: Luis Buñuel y su inconsciente forman un todo natural, concreto, a la vista. Buñuel siempre decía lo que pensaba, lo que sentía. Luis Buñuel estaba todo él siempre allí.

En sus películas filma lo mismo: lo que se le ocurre, lo que piensa, lo que siente, y más aún: lo que le viene a la mente sin saber por qué. (En una de las múltiples entrevistas que le han hecho le preguntan que por qué aparecen tantas veces gallinas en sus películas; y Luis contesta "no sé, siempre me han obsesionado las gallinas").

¿Es esto una renuncia a interpretar a Buñuel? ¡Claro que sí! No me interesa interpretar a Buñuel, porque todo lo que le interprete será añadido mío, pretencioso arabesco intelectual para —como cualquier prestidigitador— revelar ante los ojos quizás sorprendidos del lector lo que uno había previamente puesto allí. Y conste que en Buñuel hay mucho que poner: religión, surrealismo, hispanismo, anarquismo, que sé yo. Puede uno sacar de este sombrero de copa, además de las gallinas, a Ignacio de Loyola, a Sade, a Lewis, al entomólogo Fabre, a Thomas de Quincey, a Galdós, a Goya.

Y todo funcionará. Porque, en efecto, Buñuel era también todo eso, igual que era su RH, su metabolismo o su presión arterial. Pero todo eso no era Buñuel. Buñuel —y ya lo dije anteriormente en una breve nota a raíz de su muerte— era siempre todo lo contrario. Porque como todo gran creador —y más que la mayor parte de los creadores— estaba hecho de contrarios. Y a estos era a los que daba forma en sus películas. Allí están todos, sumando entre sí la concreción de un hombre que está de bulto en cada una de sus obras, igual que estaba de bulto en la vida. No hay ninguna diferencia entre el Buñuel que conocimos y quisimos y el de los films suyos que conocimos y quisimos. Estaban allí, enteros, el uno gozando de la conversación con un whisky en la mano, el otro gozando de otra conversación, donde nos hablaba en imágenes, y en donde nosotros nos limitamos a ver y a escuchar.

La diferencia —la triste diferencia— es que ahora aquel Luis ya no está en su casa, en la Cerrada de Félix Cuevas. Ya sólo nos queda el otro, entero, entre nosotros y sus films. También para siempre con un whisky en la mano, también para siempre con esa sonrisa

en donde nos estaba diciendo: no me busquen detrás de mis películas, mi historia, mi nombre, mi leyenda o mi fama, estoy aquí. Así soy.

Jomí García Ascot

BUÑUEL POR DALÍ

En 1929, la revista catalana L'Amic de les arts publicó una entrevista de Salvador Dalí a Luis Buñuel, quienes por aquella época mantenían una gran amistad que luego trocó en enfrentamiento abierto por la actitud desleal del pintor. He aquí un resumen de aquella histórica conversación.

Salvador Dalí. —¿De qué te sientes más próximo, del filme antiartístico industrial o de los diversos intentos de filmes de arte que se realizan en la actualidad?

Luis Buñuel. —Las ideas tradicionales sobre el arte aplicadas a la industria me parecen monstruosas, ya se trate de

un filme o de un automóvil. El artista, responsable de mancillar los objetos más puros de nuestra época, es también aquél que menos los comprende. El cine europeo, salvo raras excepciones, no tiene otra ocupación que hacer arte. Incluido el cine ruso, que, además de artístico, es literario y tendencioso.

—¿Crees que Europa puede esperar ver el filme surrealista puro: sucesión de imágenes surrealistas, argumentos oníricos...?

—En realidad, es el único al que podríamos aspirar ventajosamente. Pero, más o menos, también se adapta a las ideas del arte. Debería ser una industria, ya que de otra manera es imposible amortizar un solo filme. En consecuencia, seguirá siendo un lujo que de ninguna manera podremos permitirnos. Un lujo como pintar o escribir para las minorías, pero mucho más caro. Cuando en Europa exista una verdadera industria cinematográfica, el verdadero cine surgirá automáticamente. E incluso entonces careceremos de la maravillosa intuición de que gozan los americanos. Es una cuestión de raza.

—¿Crees que Man Ray puede re-



presentar algo de esta aspiración, o bien piensas que se trata de un caso aislado de incompreensión del surrealismo pese a su pertenencia al grupo?

—Man Ray está lleno de ingenio. Mucho más cerca de nosotros y del surrealismo están Pollard, Menjou o Ben Turpin.

—¿Y Charlot o Buster Keaton?

—Pregunta ociosa. Charlot no hace reír más que a los intelectuales. Los niños se aburren con él. Los campesinos no lo comprenden. Ha conseguido llegar hasta todos los snobs, hasta todas las sociedades de cursos y conferencias del mundo. Las marquesas dicen: "Es delicioso", o lloran cuando ven vacía la pista del circo. Aún queda algún viejo podrido que permanece puro y habla del "corazón innoble de Charlot". Ha desertado del partido de los niños, y actualmente se dirige a los artistas e intelectuales. Pero en recuerdo del tiempo en que pretendía ser algo más que un clown, guardémosle una mierda llena de piedad. Y no vayamos jamás a verle.

—En las investigaciones europeas actuales, ¿qué tendencia o qué grupo se encuentra más próximo a tu espíritu?

—En el cine, ninguno. Y, en lo concerniente a la vida, el surrealismo. Si bien la obra de los surrealistas me interesa menos que ellos mismos. Pero esto no me impide ver cuál es la que más me interesa y más cerca se halla de mi espíritu, del espíritu de la gente.

—¿Te interesa el arte?

—En absoluto, y todavía menos el artista. Encuentro sucedáneos mucho mejores en las numerosas y totalmente nuevas creaciones de la época. Estoy inmunizado contra el tífus.

—¿Qué valor concedes a cosas tales como argumento, estrella, planificación, ritmo, fotografía, iluminación?

—Esas son, precisamente, las cosas que, sabiamente equilibradas, hacen un filme. Concedo una importancia fundamental, absoluta, a la fotografía y a la planificación. La estrella, en el sentido que la entiende el público, es algo totalmente indeseable. Pero cuando la estrella es tan modesta como Harry Langdon, me parece el más importante de todos los elementos indispensables del filme. En cuanto al ritmo, no sé lo que es.

—¿Crees que lo más reciente de la creación intelectual —Picasso o Mi-



Luis Buñuel: La Edad de Oro

ró— se sitúa en el terreno del arte o representa una serie de actividades completamente fuera del mismo?

—Picasso, al aceptar lo que todo el mundo acepta ya, puede perfectamente ser encajado con toda la tradición artística. Es un pintor más en la historia del arte. Pero de ningún modo puede ser considerado como un pintor antiartístico. Vuestra incondicionalidad hacia él me sorprende. Comenzando por Breton. Miró, en cambio, actúa en dominios muy diferentes. En casa tengo telas suyas y de Miró. Pero no ensuciaría

las paredes con cuadros del Greco o de Picasso.

—La influencia de los surrealistas, ¿puede servirte para modificar o liberar los bigotes de Menjou?

—Tal vez. Por supuesto, estoy siempre muy preocupado por sus continuas evasiones, a las que sigo la pista muy de cerca. En la actualidad, me ves muy intrigado por saber si su bigote es macho o hembra. Estoy persuadido de que lo encontraré mucho mejor contigo que realizando *Nadja*, que tanto te gusta.

Correspondencia

ACLARACIONES DE UN FANTASMA

Julieta Campos

Directora de la *Revista de la Universidad*.

Querida Julieta:

En el último número de la *Revista de la Universidad de México*, Emir Rodríguez Monegal, crítico uruguayo, reseña las actividades del XXII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Como no se trata de una crónica exhaustiva, me parece bien que no se mencionen los dos actos en que tuve participación. Me parece muy bien, incluso, que Rodríguez Monegal ni siquiera me haya encontrado en los pasillos de la UNESCO, pues mi sempiterna condición de fantasma adora los espacios grises del anonimato. Es más: no te molestaría con estas líneas, de no mediar una circunstancia ambigua que precisa aclaración. Esa circunstancia es la siguiente:

después de mi lectura en la Maison de l'Amérique Latine al lado de Julio Cortázar y Cristina Peri Rossi, mi sábana ultramundana se tiñó de una incómoda fosforescencia percibida por agencias noticiosas que enviaron a México dos cables que certificaban mi ruinosa aunque siempre reticente aparición. Podría ser que mi saludable inexistencia, confirmada por la reseña aludida, despertara en algunos lectores la idea de que manipulé información internacional. Esta plausible posibilidad ya es arena de otro costal y me obliga, querida Julieta, a desvirtuar de inmediato, sin que ello implique la menor reconvencción para el cronista, libre, gracias a Dios, de ver o no ver, percibir o no percibir a quien le dé la gana.

Te envía un cordial saludo,

Marco Antonio Montes de Oca